

irioso a flor de aliento y en medio del lenguaje, tipos estupendos que hablan de Vallejo y Neruda, de Miller y Faulkner, de Arlt y Onetti, de Martí y Sarmiento: todo en un molotov apasionadamente apasionado. Sicardi (en el menos acá que resulta ser su más allá) sonrío beatíficamente (como dijo el de negro que le extremauncionó).

EL VERBO EXTREMAUNCIONAR NO EXISTE

Añade El Gran Enterado de la Orden de la Cuestión. Y el purista, tal vez, lleve razón, pero no le hace nadie caso porque resulta pedante y pesado, además de sucio. Porque para llevar razón no hay que haberla perdido. Y no existe nada peor que llevar razón y creerse en posesión de la verdad. No tiene nada en común un artículo con el otro y se venden a precios diferentes.

LLEGAN OTROS AMIGOS Y ENEMIGOS DE SICARDI Y CARDISI

Y entre ellos se acercan un número importante de africanos que —según el maniqueo— han conseguido la independencia demasiado pronto y no saben vivir emancipados. Chauvinismo puro, grita Joaquín T. Ana Huac. Los africanos escuchan las declaraciones del personal. Observan sin emoción aparente. Luego deducen la imbecilidad de la infalibilidad de la justa justicia, exponiendo que todos los reunidos son unos *charlies* y para lo único que están capacitados verdaderamente es para colonizar incluso retretes, además de para inventar gramáticas inservibles. A poco salen de la sala y comienzan a sonreír mientras comentan a voces frases de una xenofobia estúpida: «Trabajo como un negro», para después añadir que el negro es vago y dado a la joda. «Me engañó como a un oriental», para terminar afirmando que los japoneses son inteligentísimos y los chinos también. «Estás haciendo el indio», para añadir que los indios se llaman así debido a un error de Colón y sus adláteres: que si la India es milenaria y sabia (con masoquismo y pudibunda nostalgia del paraíso descubierto por *The Beatles*), que si los sioux no eran tan malvados como los aztecas... Al final, uno de los más jóvenes, ha dejado una pintada en un muro firmada por Frantz Fanon:

¡Una mierda para usted del guapo negro, señora!

y un guardia se acerca diciendo que la cosa puede tener miga.

A TODO ESTO RESULTA QUE ES DÍA DE SAN DIOGENES

Y de pronto aparece un tipo que tuerce la boca como si pretendiera hablar en cursiva; imposta la voz haciendo que suene como flauta o quena; cornea un poco la verborrea hasta que descubrimos la causa: tiene los labios plagados de herpes. Confiesa estar muy cansado. Dice llamarse Yavícoli. Aporta un enorme mamotreto no ya ordenado, sino, además, impecablemente cuidado. Se hace un enorme silencio cuando Yavícoli da algún nombre y dice es el de un amigo desaparecido. Se escucha un grito acallado por un insulto. Cosas de latinos, dice un gringo, como siempre. El carácter del cono, susurra un chingado trepa. Jodidos *manos*, añade el Gran Maniqueo, un godo capaz de confundir un habitante de Tepoztlán con el cholito que nos vendió el pisco. Y eso que nuestro idioma no suele estar envenenado.

YO VIVI DESDE SIEMPRE EN PEDERNERA

Aunque visité a menudo Santos Lugares, dice Yavícoli. Según parece, allí conoció a Sábato y a Joaquín T. Ana Huac, el barbogafoso del fondo, que tuerce la cabeza para no ser observado. Desde luego no sabemos si el barbogafoso utiliza un alias. Es muy posible que así sea. Yavícoli parpadea y muestra una sonrisa inquisitiva mientras prosigue su tarea. El muchacho tiene buen *punch* y lanza un *jab* al personal, esos dublés chabones. De pronto, la cornalina aflora en su rostro. Parece como si quisiera acabar con los fumistas. Yavícoli chanela algo impreciso. En pleno cartel continúa sin abatarse. La parada le es ventajosa y pone las cartas sobre la mesa.

AUNQUE MEJOR HUBIERA SIDO ESCRIBIR MISIVAS

Pues todos sabemos que con la ley, el orden, la justicia y otras cosas de comer, no debe jugarse. Yavícoli comienza su disertación hablando de las líneas Florida y Boedo, cita a Arlt, pasa a Borges, se detiene decididamente ante Sábato, Verbitsky y Pla. Y corrigiendo la figura pasa hacia atrás, entra a Bioy Casares, de éste a Mújica Láinez. Detiene Cortázar y entonces se vuelve hasta Sábato cuando aparece Marechal, desmarcándose de Faulkner ayudado por un lunfardo para iniciados porteños. Cuando la jugada llega hasta el final, detiene James Joyce. El momento más exquisito queda constituido con la comparación de *Adán Buenosayres* y *Sobre héroes y tumbas*, sin que sean necesarios los tratados de estilística integral, análisis

objetivos y estructuralismos de primera mano que Yavícoli olvida en uno de los ángulos, amontonados junto a las sabias indagaciones de Saussure y Lévi-Strauss. Yavícoli nos habla de chantapufis beocios, cita páginas enteritas de *Hombres y engranajes*, recuerda *El escritor y sus fantasmas* para referirse a *Abaddón el exterminador* y, con gesto bastante explícito, mira con complicidad al barbogafoso y especifica su extrañeza ante el caso curiosísimo: todavía existen numerosos lectores «de oído» y así vamos, entre linyeras y piantados, muchísimo *Collected Poems* y Teseliot, algo de Pound, mucho Joyce y Faulkner, aseveraciones sobre Atterbom y Galsworthy con música de fondo puesta por Parker (saxo, no estilográfica). Hay ovación cerradísima e incluso se quiere que Yavícoli comience a dar la vuelta a la sala. Una mujer le arroja una gardenia enorme y aparece el siguiente testigo.

DICE LLAMARSE ZAVARELLI

Ó Zicarelli. Comienza un desmadejado comentario sobre el jazz foráneo y el autóctono, haciéndose un pequeño lío mientras habla de «Cacho» Macrí, «Beto» Washington, «Chingolo» Casall y Jorge Cichero, aunque se le nota en buena onda, enterado y puesto al día. Pasa por *rag*, *cool* y *free* hasta que amanece en *electric* y Miles. De pronto, dribla espectacularmente y retrocede poderosamente hasta Discépolo, Pracánico y Razzano, decidiéndose por tango y no por milonga, por poroto y no por papa, por un «sola, fané, descangayada» antes que por un «cuando estén secas las pilas». Y cuando la rodada comienza su cuesta abajo, se saca maravillosamente de la manga algún tema de Zitarrosa. Mientras, hay quien espera, inútilmente, una salida por el tópico: o Borges o Sábato. El testigo lo único que está dispuesto a explicar es una cosa: Abaddón nunca fue Hacedor, sino Exterminador. Se cabrea un crítico que grita «boludo», recomendándole una lectura de Victoria Ocampo y un paseo por Witold Gombrowicz mientras dice coincidir con el testigo llamado Yavícoli en algunos aspectos de *Heterodoxia* (Yavícoli contesta por alusión y explica que él citó *Hombres y engranajes*). El crítico sagaz dice que, para el caso, es igual. No, no es lo mismo, dice el fiscal, que saca a relucir el fenómeno OVNI y un poquito de gimnasia sueca, así como las ventajas del pan integral. Un megalómano grita ofendidísimo diciendo que él es autor de un «poemario» y que no está dispuesto a (la sala comienza a reír al escuchar lo del «poemario» y Joaquín T. Ana Huac, con un cachondeo subidísimo, dice «¡Cursi!»). El megalómano continúa: no está dispues-

to a y menos a ser insultado, porque todos no valen ni una zanahoria. Al fin se oye «¡Silencio, por favor!», como ocurre en estos casos y hemos visto en los seriales de TV. Continúa el testigo. Recuerda los personajes de *Los siete locos* y el Bruno de Sábato. Se caga humildemente, pero con decisión, en todos los que sacan a colación aquello del Dostoievski en alpargatas porteñas. Dice que debe olvidarse el asado de tira y el compás rezongón de los fuelles, así como el viejo que ceba mate en la puerta de su ranchito. En cuanto a los autores de «poemarios», más vale se decidan por aprender la construcción de endecasílabos en lugar de aburrir al personal con su dolor de muelas descrito en forma de tiritas de diario recortadas, sin ritmo, rima, lenguaje, garra, chicha ni limoná. En fin, decididamente, Zacarelli es partidario del panqueque y leyó varias veces *Don Segundo Sombra*, pero se ríe de quienes pretenden que Borges o Sábato dejen whisky y subte para meter pampa y mate; también se carcajea de los maulas que exigirían «menos jueguito y más seriedad» a Cortázar. Todo marcha bastante bien hasta que se arma un embrollo y saca una dosis dictatorial obligando a dejar el arte por el arte para hacer una apología de la literatura comprometida, humanística, social o incluso socialista. Cuando grita «La cultura está en tremenda, difícil encrucijada», muchísimos asistentes bajan la cabeza bostezando al unísono y el testigo se retira sin pena ni gloria.

BRUNO ESTABA AL LADO

de T. Ana Huac, confundido entre los asistentes. Sale del sitio, pues dice se ha quedado sin tabaco, excusa que va a permitirle orinar. Al poco, alguien pregunta si, efectivamente, el tal Bruno es fumador. En pipa, dice un lector de Sábato que no ha leído a Sábato, sino a los críticos de solapa. El mismo individuo, centro de un círculo formado por filisteos y macrós, habla también del lesbianismo de las féminas sabatianas. Sabatescas. Sabáticas. Joaquín T. Ana Huac sonríe ampulosamente, y cuando Bruno regresa indica que tienen cerca a El Gran Enterado de la Orden de la Cuestión, ese pelandrón de dientes amarillos como margarita sobre perro muerto. El Gran Enterado —conocido también por el Megalómano— dice que a los protagonistas de Sábato parece como si fueran a chuparles el pene de un momento a otro. Desviacionismo, lesbianismo, bestialismo, intríngulis psicológicos, sí, nada de nada, Sábato es su personaje y hace bien, porque para eso es mi amigo, me escribe unas cartas cariñosísimas, continúa, mientras enciende un puro pagado por su Complejo de Edipo, lanza una bufaratada de humo maloliente, pensándolo

bien, Sábado se diluye, se disgrega, se aleja, continúa el chanchito. Porque, definitivamente, poetas como yo —murmura, mirando el techo— quedan pocos. El Gran Enterado de la Orden de la Cuestión —la alegoría no lo es, cualquier parecido con la realidad no es un mito grecolatino— dice haber conocido a Sicardi y a Cardisi. En fin, ocurre que él es bueno como ángel sin caer y, aunque a veces bebe demasiado, lo hace por sufrimientos que vienen dados desde antes de nacer, no como otros, no como esos viciosos que intentan justificar su alcoholismo mediante argumentos refutables, ah, pero las cosas de la vida. Y continúa hablando desmadrado sobre el suicidio/muerte de Sicardi debido, sin duda, a su amistad dolorosa con Cardisi; claro está que, también, debe tenerse en cuenta el caso de Romy Schneider, para, en fin, entender ciertas cosas; ya saben, Michel Piccoli, menudo actor, Les Choses de la Vie, también Delon y Coco Chanel, sin olvidar a Yves Montand. El barbogafoso no aguanta más y se levanta, imprecándole: ¡Gil! Repite, gil, gafe, enyetado pelotudo. Bruno intenta persuadirle para que silencie, pero imposible, definitivamente tiene ganas de dar un marronazo a ese pendejo, saca a colación fundas y vainas, dice no recuerdo qué sobre Basaglia, Lacan, Cooper y Laing, sobre unos libros de Hays, vuelve a su juicio y vuelve al juicio, pero que conste, añade, que ese tipo no es más que un boludo despreciable, un fetichista, un hipócrita repleto de afán de notoriedad.

EL GRAN ENTERADO DE LA ORDEN DE LA CUESTION

dicen que sí, que conoce al barbogafoso, que nunca le hizo nada. Y cita:

*hacia bien a los bacanes y otarios en un quilombo
esforzándose en hachazos que largaba por laburo*

diciendo «son míos, qué versos más maravillosos». Mierda, rumia el barbogafoso que escucha sin querer. Luego, arroja un pucho de habano al rostro del megalómano gil, que se inquieta y grita haber sido partidario desde siempre de no violentarse, que si así comienzan las guerras.

DICE TAMBIEN QUE LE DEVUELVA EL LIBRO DE FURIO COLOMBO

Por envío postal, pues no quiere ver más a Joaquín T. Ana Huac, el barbogafoso, que ni se inmuta. Luego dice que, de seguir en su postura intransigente, le obligarán a irse. T. Ana, cínico, mordaz, canta: